

# Un benefactor anónimo

Por Inocencio J'espí

Era el mes de diciembre de 1941. Transcurría la estación de verano.

La historia se genera en Llallagua, legendaria población próxima a los campamentos mineros de Siglo XX, baluarte por entonces de las explotaciones de la Patiño Mines.

Había concluido el año escolar y he aquí a dos adolescentes egresados de la Escuela Primaria: Agustín de 17 años, delgado, de estatura baja, de tez ligeramente morena, de temperamento inquieto y Luciano de 14 años, de estatura mediana, de tez clara, retraído y casi tímido.

Concluida la escuela en Siglo XX en la que recibieron una esmerada formación, se habría para ellos la gran incógnita del futuro ¿qué hacer? ¿a dónde ir?.

En aquel entonces no existían los colegios secundarios tan generalizados hoy en día, emplazados en casi todos los pueblos, aún en los parajes más alejados del país.

Las escuelas de la Patiño Mines refutadas como las mejores de la república, no ofrecían la posibilidad de entronque con estudios secundarios dentro de la misma Organización.

Simplemente tal posibilidad no existía. Los colegios más cercanos estaban asentados en la ciudad más próxima, Oruro.

Si bien la Patiño Mines formaba profesionales académicos calificados en Suiza, a través de una Fundación, por razones obvias no se interesó en organizar colegios secundarios en sus dependencias mineras.

Quienes pugnan por la educación utilitaria, encontrarán una respuesta en tales escuelas, porque de ellas surgía el personal de los cuadros medios que requería la empresa tales como pulperos, pasatiempos, planilleros, auxiliares y personal de oficinas en general. De aquí que no resultaba extraño que muchachos que habían concluido la primaria entre los 14 a 15 años tuvieran que repetir voluntariamente el sexto curso, en ocasiones más de una vez, esperando tener la edad mínima para ingresar al trabajo. Los obreros y empleados de la Patiño Mines recibían salarios de subsistencia justificada por la pulpería barata, que generaba una economía de falso bienestar y de simple subsistencia que no permitía ningún ahorro.

Agustín quien había permanecido dos meses en un politécnico de la Universidad orureña, el que fue clausurado intempestivamente, tenía alguna idea de lo que significaba salir a una ciudad y de las posibilidades que ella ofrecía.

De algún modo se había informado que se estaba gestando una escuela técnica en la ciudad de La Paz y que podría tramitarse becas que permitirían la admisión de estudiantes pobres. En tal entendido Agustín y Luciano decidieron obtener donde fuese posible la información al respecto. Empezaron enviando una carta al intendente de la Policía de Llallagua, que al parecer era un oficial de reciente graduación de la Academia de Policías. Se decía que era de origen tarije-

ño, al observarlo desde la perspectiva de los adolescentes tenía una buena estatura, tez clara tendiendo al rubio, delgado, de nariz perfilada ligeramente aguileña, de ojos claros y con una actitud bondadosa que inspiró confianza a los jovencuelos desde un inicio.

A él le enviaron su primera solicitud. Le pedían al Intendente averiguar por su intermedio lo que se pudiera conocer sobre la institución en ciernes.

Transcurridos algunos días les informó que había enviado más de un telegrama a La Paz, sin obtener respuesta alguna.

Sugirió llegar hasta la Subprefectura de Uncía, donde presumiblemente se pudiera recabar mayor información.

Los inquietos gestores se trasladaron hasta ahí más de una vez, a pie, atravesando la monótona planicie de 8 Km. de extensión. No tuvieron mayor suerte porque no encontraron una respuesta a su inquietud.

Sin perder el entusiasmo, volvieron a buscar al Intendente para informar sus percances. Lo encontraron en una mañana diáfana, mandando a lustrar sus botas de tubo en un antepatio de la Policía de Llallagua.

Luego de recibir la información de los interesados, se puso a meditar y concluyó preguntando cuánto costaba el pasaje a La Paz. Informado como fue extraído del bolsillo de su pantalón 40 bolivianos que servía para cubrir el valor de dos pasajes por tren hasta la ciudad Sede de gobierno. Al entregarles el dinero, les aconsejó viajar para realizar averiguaciones directas de la ciudad indicada.

Como era costumbre en los hogares de antaño, el hijo que salía de casa disponía al menos de cama. Así procedieron solícitamente sus progenitores.

Aprovecharon el contacto de amigos y vecinos del campamento minero que con una espontánea muestra de solidaridad, les entregaron sendas cartas de recomendación a familiares que eventualmente pudiesen alojarlos y tal vez apoyarlos en las diligencias que debían correr.

Una mañana de enero de 1942, partieron de la estación de Cancañiri llegando a Oruro al atardecer. Agustín ubicó a Leónidas compañero de curso, que después del egreso se encontraba ya en dicha ciudad, trabajando eventualmente en la chocolatería de la mina San José. Se le informó a Leónidas sobre el objeto del viaje y no tardó en sumarse a la aventura, previa aprobación de su madre que era una señora de mediana edad.

Después de reemprender el viaje al día siguiente, llegaron a la ciudad de La Paz en el atardecer. Cada cual por su lado, ubicó a las buenas gentes a quienes se les remitió como recomendados. Efectivamente superaron el problema del alojamiento.

En días posteriores comenzaron los trámites para ingresar a una escuela técnica, que iniciaría actividades el venidero mes de febrero. Los trámi-

tes no eran simples como en un principio parecían, sin embargo influyeron favorablemente la próxima iniciación de labores de un establecimiento educativo nuevo, ubicado en una vetusta casona de la Avenida Arce, así como la condición de estudiantes aventajados que acreditaban los postulantes. Por lo demás debían demostrar su condición de pobreza, para acceder a la condición de becarios.

Agustín y Leónidas se ubicaron en casas particulares, entre tanto Luciano ingresó al internado, que ofrecía una bondadosa atención de alojamiento y comida.

Por alguna razón los tres escogieron la carrera de Química Industrial, que la concluyeron en seis años de estudio. Los tres culminaron una exitosa gestión egresando el año 1948.

Después del egreso Agustín trabajó por un tiempo en el laboratorio químico de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, en la Planta de Bombeo de Sica Sica. Posteriormente se dedicó a la docencia en la Sección Industrial del Colegio Secundario Caballero de Uncía. Finalmente migró a los Estados Unidos donde trabajó en un Colegio Secundario que impartía la enseñanza del Castellano.

Leónidas se inició por cuenta propia explotando una empresa de carácter familiar. Finalmente emigró al Brasil donde trabajó como ejecutivo de la firma "Firestone", productora de llantas de caucho, hasta jubilarse.

Luciano trabajó algún tiempo como docente en la Educación Técnica. Estudió posteriormente una carrera universitaria y fue docente de una universidad.

Lo que debe quedar como corolario de este corto relato es el valor que a veces adquieren las actitudes de un hombre solidario, sensible y desprendido que a través de la donación de un pequeño monto de dinero, canalizó el futuro de tres adolescentes, que aprovechando las becas otorgadas por el Estado, culminaron una carrera profesional y se formaron como hombres de bien en la hoy denominada Escuela Industrial Superior "Pedro Domingo Murillo", que buenamente pudo constituirse en un modelo de educación técnico-humanístico, que el país busca como respuesta a la Reforma Educativa desde mucho tiempo atrás.

El autor de la presente historia asume el compromiso de rescatar el nombre de este anónimo uniformado, para enaltecer su gesto, que lo convierte en un personaje legendario que con la desprendida entrega de 40 bolivianos, cimentó la vida de tres jóvenes que buscaban ilusionados un porvenir cierto.

**Lino Rocha Céspedes-1928.**  
Ensayista, químico industrial

